

## La justa deportiva sin igual: avatares del Mundial 78

Por Pablo Alabarces

Pablo Alabarces es Doctor en Filosofía por la Universidad de Brighthon. Profesor Titular del Seminario de Cultura Popular en la carrera de Ciencias de la Comunicación en la UBA. Autor de *Fútbol y Patria. El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina; Futbolologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina y Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política.*

1 Pocos escapan a esta descripción rápida. Para señalar alguno: el guión de Ezequiel Fernández Moeres para el documental dedicado al caso en 2003.

2 Esa tendencia tradicionalista de la dictadura aparecía en relación con el Mundial en la elección de su mascota: previsiblemente, fue un pequeño *gaucho*, llamado Pampita. El tradicionalismo esencialista del gobierno militar debía por fuerza ser ruralista, y la recuperación del gaucho fue un movimiento consecuente.

La metáfora de los ríos de tinta es aquí absolutamente inútil: sobre el infausto Mundial de 1978 no se ha escrito lo suficiente. Y mucho menos desde las Ciencias Sociales que apenas lo han mencionado entre las marcas inolvidables de la dictadura o, lo que es más usual, como ejemplo máximo de una exitosa alienación de masas. Para el periodismo, por su parte, cualquier indagación más o menos rigurosa choca de buenas a primeras con la notoria y activa (y entusiasta) participación de una buena cantidad de colegas insospechados de colaboracionismo; y para irritación del menottismo aún hoy activo y fundamentalista (pienso en casos patológicos como el de Horacio Pagani, pero también en otros menos militantes), esa indagación no puede soslayar el incontrastable dato del sospechado partido con Perú<sup>1</sup>. Ante ese cuadro, volver a pensar el Mundial de modos menos esquemáticos, y especialmente en lo que tiene que ver con la actuación de los medios de comunicación y los periodistas, es una tarea indispensable.

Lo que sigue es una síntesis de mis afirmaciones en *Fútbol y Patria...*, mi libro de 2002 recientemente reeditado (Alabarces, 2008). No he regresado al tema, por lo que nada puedo

añadir a esas páginas. Apenas comprobar su actualidad.

*Un relato esencialista: la nuestra (¿la de quién?)*

La designación de César Menotti como técnico del seleccionado argentino en 1974, tras el fracaso en el Mundial de Alemania, significó el inicio de un nuevo ciclo. Los éxitos deportivos que tuvieron lugar entre 1974 y 1982 (con un primer título mundial en 1978 y el campeonato juvenil del mundo en 1979) se sustentaron en la supervivencia poderosa del relato mítico original del estilo argentino. Menotti argumentaba con vehemencia a favor de ese relato de *la nuestra*, repudiando el ciclo de los años sesenta como una "desviación" respecto del mito.

Turner ha señalado que este discurso esencialista coincidía ideológicamente con el momento en que la dictadura militar argentina defendía "el tradicional estilo de vida argentino" contra la "amenaza comunista"<sup>2</sup>; sin embargo, el discurso de Menotti ha sido considerado, paradójicamente, como de *izquierda* por cierto periodismo "levemente progresista" (Turner, 1998). Su análisis de la revista *El Gráfico*, entonces todavía central en la administración del imaginario deportivo argentino (la edición del 26 de junio de 1978, luego del partido final, es un récord para revistas deportivas: 600.000 ejemplares), revela que los ejes argumentativos se centraron en cuatro ítems:

a. Un poderoso "nosotros inclusivo", que asociaba la acción gubernamental y deportiva a la de "todo un pueblo". Esta estrategia es coherente con la del gobierno: los *slogans* centrales de la propaganda fueron "Veinticinco millones de argentinos jugaremos el Mundial" y "En el Mundial usted juega de argentino". Si el

primero remite a la postulación de un *nosotros* sin fisuras que incluye a todos los sujetos, el segundo pone en escena un carácter fuertemente pedagógico, combinando un imperativo que no admite discusión y la asignación de un rol que tampoco puede discutirse, bajo pena de colocarse por fuera de lo nombrable. Como dice la nota editorial de la revista del 23 de junio de 1978: "Llegamos al final. No solamente los jugadores, sino todos. Se acabaron los YO refugiados atrás de aislados gritos. Ahora somos *nosotros* sin distinción de colores, como debimos ser siempre. Goleamos al destino y derrotamos a las sombras" (Op. cit., p. 3).

b. El fuerte carácter nostálgico de los textos: la actuación del equipo argentino se lee como el retorno a una *edad de oro*, como el regreso a las fuentes. Esta marca también es coherente con las estrategias de gobierno: las proclamas de la dictadura abundaron en verbos tales como "reorganizar", "devolver", "recuperar", "reencontrar" (Turner, 1998: 146). Dice *El Gráfico*: "Y todo lo que siguió fue, como no hace mucho lo pedíamos en estas mismas páginas, un retorno a las fuentes" (23 de junio de 1978, p. 19).

c. Consecuentemente, la inscripción histórica: no estamos frente a un hecho meramente deportivo, sino frente al clímax de una serie histórica ("La hora más gloriosa del fútbol argentino", dirá la portada de *El Gráfico* el día del éxito). *El Gráfico* funciona asimismo como texto que enlaza toda esa historia: es el discurso que inaugura la serie, en el momento de fundación del fútbol argentino y de su mito de estilo, y es también el que celebra su coronación. Así, si el *retorno* es la palabra clave, *continuidad* es la práctica, y *El Gráfico* es el lazo de esa continuidad:

"Con ustedes, por el mismo túnel, camina una historia. Escrita con zapatillas rotas en los potreros o pies descalzos en la arena. Crecida en las orillas del mar o de las zanjás. Educada en los penales que se cobran a trompadas y sometida a la desgracia que levantó las banderas de su origen, aun en los campos más extraños. Territorios conquistados con mágicas gambetas que parecían vengar antiguas ofensas. Dominios alcanzados para siempre con el fabuloso poder de los goles a un toque. Una valerosa historia que se mantuvo en pie y soportó altiva los crueles ataques que le dirigen con fuerza y potencia, que se hizo grande aguantando alevosos golpes y codazos lanzados con intenciones ocultas. Una historia defendida letra a letra por sabios que conocían profundamente el sentido de este juego tan parecido a la vida [...] Y hay millones de ojos acechando otra vez el nacimiento del milagro. Ahora, no se olviden de transmitir el sentimiento..." (*El Gráfico*, 15 de junio de 1978, p. 38).

d. Una fuerte estandarización cultural del *otro*: si la identidad no tiene fisuras, porque *todos somos argentinos*, el *otro* debe estandarizarse a los efectos de que funcione como *otro significativo*, de manera fácil y esquematizada. Así, la revista presentará una serie de nacionalidades caracterizadas con epítetos: los holandeses son sospechosos (drogas, homosexualidad, excesos), los polacos conflictivos, los peruanos religiosos, los suecos trabajadores, los iraníes exóticos. Y los escoceses, por supuesto, son borrachos:

"Uno sabe –y además lo escribió– que las puertas del Sierra Hotel se abren a todas horas para que los jugadores entren y salgan cuando se les ocurra. Es testigo de la ansiedad de estos hombres por jugar dinero en el casino, por

aprovechar en la conquista amorosa ese halo de exotismo que los rodea [...] Uno ve todo eso, palpa la autosuficiencia, la casi descarada confianza de estos conquistadores que visten 'kilts' (polleritas), boinas, medias tres cuartos y zapatos abotinados [...] Escocia nos había contagiado su optimismo a través del grupo de hinchas fervorosos, de las incontables botellas de cerveza consumidas por sus jugadores. 'Porque todo lo antinatural en un deportista, los escoceses lo habían transformado, aquí en Córdoba, en artículo admirable, elogiado. Tontos los argentinos que hace meses vienen concentrando...'. [...] Escocia se queda sin piernas. Díaz se la quita a Rioch y éste ni siquiera intenta correrlo. Son piernas de espuma. El mito de la cerveza como una forma de preparación atlética comienza a derrumbarse" ("Lo de Perú no fue un milagro", en *El Gráfico*, 6 de junio de 1978, pp. 32-36).

Estos mecanismos no son privativos de *El Gráfico*. La censura es férrea, a veces tanto que se vuelve ridícula: diversas fuentes insisten en una directiva oficial prohibiendo las críticas deportivas a Menotti y al equipo nacional. Pero la extensión de estos argumentos celebratorios nos permiten hablar también de una hegemonía discursiva que la mayoría de los periodistas deportivos no estaban interesados en discutir. Por cierto que, en el período, la violencia y el terror de la dictadura funcionan como coacción suficiente para evitar cualquier asomo de distancia o resistencia en todos los discursos públicos. Sin embargo, cabe preguntarse qué hubiera ocurrido si el periodismo argentino hubiera al menos tratado en conjunto de adoptar posiciones menos genuflexas y obedientes.

Para rematar, Juan De Biase dice en el diario *Clarín* al comenzar el campeonato:

"Asegurar el éxito [del torneo] es una obligación, porque va más allá de lo deportivo, para configurar la imagen del país, una imagen a la que todos damos vida, seamos o no aficionados al fútbol. Y por encima de todo esto [...] se trata de una cuestión nacional.

¿Escapismo? Esta es una discusión que se pueden repartir los sociólogos y el diván de los analistas" (*Clarín*, 1 de junio de 1978).

#### Silencio o hipérbole-----

El nacionalismo futbolístico alcanzó su pico en este Campeonato Mundial de 1978. Pero se trata de un nacionalismo en el que podemos acceder a un solo soporte: el discurso oficial. Toda otra palabra, en el contexto de la dictadura, queda silenciada. Los testimonios sobre el Mundial que señalan un grado máximo o mínimo de distancia sólo aparecen hacia el final de la dictadura, cuando el campeonato comienza a transformarse en una metáfora del ocultamiento y el silencio, frente a, como veremos, su simbolización como júbilo, festejo y unitarismo en el momento de su realización. Frente al Mundial, en el clima exitosamente represivo que la dictadura instala desde 1976, sólo caben dos voces disidentes: la del exilio, que no circula en la Argentina y que no nos sirve como fuente para interpretar la lectura interna del fenómeno –justamente por su condición exterior–, y la del ya entonces nombrado como "movimiento del rock nacional", que en su publicación más exitosa y representativa, la revista *Expreso imaginario*, opta por la más radical de las disidencias: el silencio absoluto. El *Expreso imaginario* no hace ninguna mención al torneo en todo el año 1978. Como oposición en un momento en que el Mundial domina todos los textos, el gesto rockero funciona como alternativa (como afirman Goldstein y Varela, 1990).

Por el contrario, como señalé, el discurso oficial está por todos lados, capturando todos los sentidos posibles. Meses después del torneo el film *La fiesta de todos* (dirigido por Sergio Renán en 1979) se encarga de compilar y exhibir buena parte de los argumentos convocados. La palabra dominante es nuevamente *todos*, soportado por un *nosotros universal* que se hace presente en los primeros enunciados: "Nosotros, los argentinos" es el pronombre que conduce la narración (lo que ya era legible en el texto de la "Marcha del Mundial": "Veinticinco millones de argentinos/jugaremos el Mundial..."). Pero ese *todos* debe señalar las fisuras, porque no hay identidad nacional sin *otro* significativo: la otredad se designa como un enemigo que juega en lo interno y en lo externo (en alusión a la pretendida "campaña anti-Argentina") a través de la malevolencia y el escepticismo. El tratamiento de los rivales es respetuoso, hasta llegar al final, cuando la xenofobia se manifiesta en la voz del narrador folclórico Luis Landriscina de manera desembozada: "Era inevitable. Nuestra alegría significaba la tristeza de los brasileños. Y bueno. En otros tiempos, ellos festejaban como si fueran carnavales sus victorias, mientras nosotros nos conformábamos con ser campeones morales"<sup>3</sup>.

Corrección al fin (no olvidar que la dictadura impone una moralina cerrada), las imágenes de los festejos desplazan el canto original ("Ya todos saben que Brasil está de luto/son todos negros/son todos putos") por un increíble "Se van para la B...", suprimiendo la clásica referencia homofóbica –y en el mismo movimiento, racista– de las hinchadas argentinas. En términos de género, las mujeres deben incluirse, porque el *todos* es demasiado poderoso para soportar su exclusión, aunque la inclusión femenina se produzca con la exclusión del saber deportivo, con la incorporación de un

público que sólo defiende una bandera y unas preferencias erótico-estéticas: la mujer "invasa y alegra los estadios", para elogiar "la pinta de Paolo Rossi" ("con los ojos que tiene.")<sup>4</sup>. Pero, homofóbicos al fin, las operaciones de inclusión –casi– universal revelan un nuevo *otro* insospechado: la exclusión se produce sobre el homosexual, en la figura de un peluquero que se niega a dejar de ver un teleteatro frente a sus clientas que reclaman el partido Argentina-Brasil.

Un segundo elemento excluido del *todos* es significativo. Frente a un clima representado de "alegría, solidaridad y confraternidad", la única disidencia está señalada por la presencia de aquél que hace negocios: el hecho comercial del Mundial está minuciosamente expurgado del film, para el que el torneo sólo significa un escenario de afirmación patriótica y deportiva. Con una excepción: un vendedor de banderas y vinchas argentinas que sube y baja sus precios de acuerdo a los vaivenes deportivos. Oficio popular y tradicional, el "busca" que vende informalmente en la entrada y salida de los estadios es catalogado, en la lógica de la película, como el único actor cuyo objetivo es la maximización de la ganancia económica, no la simbólica. A la luz de los hechos –el gigantesco negocio que significan los Mundiales, y la corrupción extendida que rodeó a la organización de éste en particular– este señalamiento no deja de causar escozor –o pavor–.

La narración del film se confía a "artistas populares" (Nélida Lobato, Landriscina, como locutores; Juan Carlos Calabró, Ricardo Espalter, Mario Sánchez, Luis Sandrini, como actores de precarias ficcionalizaciones) y a periodistas deportivos (Néstor Ibarra, Enrique Macaya Márquez, Diego Bonadeo, Héctor Drazer) o generalistas (Roberto Maidana). Pero el cierre, allí donde el discurso celebratorio y narrativo

3 Landriscina funciona en el film como el principal narrador (en términos de la cantidad de entradas, y de la centralidad de sus textos). Una posibilidad de trabajo: la recurrente relación planteada entre la figura de Landriscina y los argumentos nacionalistas, a partir de su asociación con el interior del país, por su condición de provinciano y por sus "habilidades telúricas" (la narración oral). Incluso en la publicidad: parece no haber mejor figura para publicitar yerba mate, que se presenta como un símbolo de argentinidad. Su asociación con la figura de la cantante folclórica Soledad Pastorrutti, a finales de los 90, operaría como una duplicación del símbolo. Ver al respecto el desarrollo del análisis en relación con esta última en Alabarces, 2008.

4 El menosprecio disfrazado de reconocimiento que el film practica con el público femenino llega a su clímax con una intervención de la escritora Martha Lynch, quien afirma: "Ya el fútbol había pasado a ser una cosa más importante que las vidrieras y las peluqueras". Lo juro, dice eso.

5 El análisis de otros textos contemporáneos apunta en el mismo sentido del que planteamos en torno del film, en cuanto a proponer la construcción de un nuevo *nosotros universal*. Ver, por ejemplo, el discurso del dictador Videla por la cadena nacional de televisión y radio al día siguiente de la final (reproducido en Palomino y Scher, 1988, pp. 173-174).

6 Testimonios obtenidos en entrevistas a hinchas argentinas entre 1996 y 1998.

7 El 26 de junio de 1978 yo era estudiante secundario en la Escuela Normal Mariano Acosta, entonces colegio reservado para varones. Por supuesto, decidimos que el triunfo deportivo era una excelente excusa para conseguir un día de asueto, y presionamos a las autoridades para que nos dejaran salir. Lo obtuvimos: mientras bajábamos las escaleras, alguien propuso ir a la Plaza de Mayo; la puteada de respuesta fue unánime. Era claro que el asueto no era para celebrar nada, sino una excusa para ir a ver mujeres (en este caso, las compañeras del Normal 8). No quiero decir con esto que nuestras hormonas fueran políticas; pero al menos nos evitaron la vergüenza de vivir a Videla.

8 La referencia es a De Certeau (1996), referencia que no está en Bayer.

9 La transmisión televisiva local mostraba una banda negra que ocultaba las consignas anti-dictatoriales dispuestas por organizaciones de defensa de los derechos humanos en las tribunas japonesas.

cede paso a un explícito acento ideológico, se le confía a un intelectual, que funciona aquí como vocero orgánico de la dictadura: se trata del historiador Félix Luna, que a un costado de los festejos por el triunfo enuncia a la cámara la interpretación oficial:

"Estas multitudes delirantes, limpias, unánimes, es lo más parecido que he visto en mi vida a un pueblo maduro, realizado, vibrando con un sentimiento común, sin que nadie se sienta derrotado o marginado. Y tal vez por primera vez en este país, sin que la alegría de algunos signifique la pena de otros [...]".

A lo que el locutor agrega como coda: "Esta fue nuestra mejor fiesta. Porque fue la fiesta de todos"<sup>5</sup>.

¿La fiesta o la vida?-----

Caben aquí como cierre dos señales. La primera: ¿cómo interpretar las manifestaciones espontáneas de júbilo que inundaron las calles de Buenos Aires tras los dos últimos partidos? Es imposible generar empiria que apoye o resista ninguna interpretación, lo que convierte a toda apuesta en conjetural. Las entrevistas a participantes en los festejos están marcadas por la distancia temporal, que en la historia argentina significa estar atravesados por la conciencia de la dictadura. No hay informante que pueda evitar esa marca: recordar los festejos significa inmediatamente acotaciones del tipo "no sabíamos lo que estaba pasando", "nos usaron"<sup>6</sup>. La textualidad de la época, dominada por el doble mecanismo de la censura-auto-censura, no ofrece ninguna garantía. Como uno de los pocos elementos disponibles está el hecho de que las manifestaciones evitaron la politización: salvo un grupo de estudiantes secundarios el día siguiente de la final, que se di-

rigieron a la Plaza de Mayo y reclamaron la presencia del dictador Videla, no hay en los festejos ninguna marca que permita suponer un desplazamiento de lo futbolístico a lo explícitamente político<sup>7</sup>. La dictadura no se celebra en las calles ni en los estadios: por el contrario, apenas dos años más tarde el dictador Viola es celosamente silbado en el estadio de Rosario Central. Osvaldo Bayer avanza en esta línea al proponer la interpretación opuesta: los festejos funcionan como una manera de recuperar la calle como espacio público, como el espacio clásico de la política argentina del que la sociedad ha sido desalojada por la fuerza, y que reconquista con un "dispositivo de astucia"<sup>8</sup>. Si superamos la clásica asociación entre política y deporte abonada por Jean-Marie Brohm y epigonalmente por Sebrelí, según la cual toda manifestación de masas significa un nuevo ejemplo de manipulación e idiotización, la lectura de Bayer es una conjetura seductora.

La espontaneidad de los festejos (no hubo ningún tipo de convocatoria, ni oficial ni mediática) es un dato que entiendo clave para establecer una interpretación. Los actores parecieron leer rápidamente una fisura en el control, e instituyeron así un mecanismo doble: la re-ocupación del espacio público, y el auto-reconocimiento en una multitud (la primera vez, vale recordarlo, desde antes del golpe militar). Las manifestaciones, asimismo, diseñaron recorridos múltiples, no se limitaron al centro urbano (el Obelisco) y sus adyacencias: ocuparon también espacios barriales, como el Parque de los Patricios. Por último, y como dato contrastante que permitiría ratificar la interpretación desarrollada, al año siguiente el equipo argentino obtuvo el Campeonato Mundial Juvenil de fútbol en Japón<sup>9</sup>, el mismo día que la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) comenzaba sus actividades de investigación en

Buenos Aires sobre la situación de los detenidos-desaparecidos. En este caso, los medios convocaron explícitamente a la manifestación del festejo: los periodistas Julio Lagos desde *Radio Mitre*, José María Muñoz desde *Radio Rivadavia* y José Gómez Fuentes desde *ATC* invitaron a sus públicos a un festejo callejero en Plaza de Mayo, con la colaboración del Ministerio de Educación que decretó un asueto estudiantil<sup>10</sup>. En el caso de Muñoz, ese festejo (esa convocatoria) se politizó radicalmente: "Vayamos todos a la Avenida de Mayo [donde funcionaba la oficina de recepción de denuncias, en el número 760] y demostremos a esos señores de la CIDH que la Argentina no tiene nada que ocultar". La aparición de esta convocatoria explícita señalaría, por oposición, la espontaneidad de lo ocurrido un año atrás, y la necesidad del aparato de poder de restablecer sus mecanismos de control, por codificar lo que podía significar autónomamente.

Segunda señal: a pesar de esta interpretación, que vería en las manifestaciones una forma desviada de la contestación, la memoria del Mundial funciona en la sociedad argentina como un lastre significativo. *Deportivamente*: el triunfo por seis goles contra Perú en la rueda semifinal, que permite el paso de Argentina a la final desplazando a Brasil, es reiteradamente calificado como producto de un acto de corrupción, de negociaciones gobierno a gobierno, de sobornos masivos; esta posibilidad, que la memoria de la dictadura alimenta, impide incluso el simple goce de un triunfo deportivo. *Políticamente*: como señalé, el Mundial comenzó a ocupar, al final de la dictadura, el lugar de símbolo de la manipulación, del ocultamiento, del escamoteo, de la estupidez colectiva. Vale como muestra la aparición reiterada de las imágenes del Mundial en fragmentos de films de la transición democrática: cualquier televi-

sor encendido que quisiera representar ese momento aparecía mostrando esas imágenes, designando de manera rápida todo el período dictatorial. En dos films en particular, esa señal se vuelve central: en *Hay unos tipos abajo* (de Alfaro y Filipelli, 1985) los sonidos mundialistas sirven de eco persistente a la amenaza del secuestro; en *La deuda interna* (De Pereira, 1987) el Mundial permite la aparición del televisor, y motiva la separación más radical entre el *maestro conciente* (Juan José Camero) y los públicos manipulados por un patriotismo banalizado. En el mismo sentido, la cobertura periodística del vigésimo aniversario de la obtención del título (durante julio de 1998) manifestó esta inestabilidad: ni aún a la distancia –o peor, porque la distancia significa más conocimiento y no mayor olvido– el Mundial podía celebrarse con plenitud. Como ejemplo: la revista *Noticias* tituló en tapa con la "pregunta incómoda": "¿Y vos, papá, que hiciste en el Mundial 78?". La pregunta era obviamente retórica, porque la respuesta era vergonzosamente imposible.

Finalmente y para ratificar todo esto: en ocasión de celebrarse el 25° aniversario de la obtención del Campeonato Mundial, en julio de 2003, buena parte de los textos periodísticos insistieron en la tesis de la influencia en el deporte de la dictadura militar, relativizando incluso la validez del éxito futbolístico (salvo los defensores acérrimos de la figura del entrenador Menotti, especialmente el diario *Clarín*). Asimismo, algunos jugadores involucrados en la organización de una fiesta de celebración (especialmente, Julio Ricardo Villa, que había jugado el Mundial, y Claudio Morresi, hermano de un desaparecido, que no jugó) trataron de que el fútbol saldara esa deuda, incorporando la presencia y el homenaje de los Organismos de Derechos Humanos en el estadio de River. Nadie quiso responsabilizarse por la negativa

10 Es decir: no provocado hormonalmente.